

El Pensamiento Español

DIARIO TRADICIONALISTA

SEGUNDA EPOCA + AÑO I + NUMERO 1
NUMERO SUELTO, 5 CÉNTIMOS

Madrid, 16 de septiembre de 1919
Redacción y Administración: Zorrilla, 29. La correspondencia al Apartado de Correos. Teléfono, número 2.734.

Madrid: Mes, 1,50; semestre, 8,75; año, 17. Provincias: trimestre, 9; semestre, 9,50; año, 18. Extranjero: Trimestre, 10; semestre, 20; año, 36.

ACTO SOLEMNE DE AFIRMACION TRADICIONALISTA

NUESTROS PROPÓSITOS Y NUESTRO PROGRAMA

LOS DISCURSOS DE ARCHANDA

"EL PENSAMIENTO ESPAÑOL"

A nuestros amigos y a nuestros adversarios

La Prensa ha dado cuenta del banquete y mitin verdaderamente espléndidos celebrados en Bilbao, pero no ha publicado los discursos que en brevísimos extractos y aun así, con las desfiguraciones que impone la rápida comunicación telegráfica, han aparecido en los principales diarios. El acto de Archanda ha sido el primer acto público de solemne afirmación tradicionalista, y por eso, al aparecer *El Pensamiento Español* como el órgano de nuestra Comunidad, su primer número se consagra a reproducir íntegras todas aquellas oraciones en donde está fijada nuestra actitud ante D. Jaime y el régimen, y nuestro programa y propósitos en la hora actual y ante los pavorosos conflictos que se presienten y acaecen.

Precedimos de la descripción de la fiesta y del banquete, ya publicada en nuestro semanario *España Tradicionalista*, y en los principales diarios de Bilbao; y nos limitamos a reproducir los discursos por el orden que fueron pronunciados, dividiendo con epígrafes el último, del Sr. Mella, por su extensión y para facilitar su lectura.

El Sr. Gardeazábal.

La excesiva bondad de los amigos que conmigo organizaron este acto hace que yo quien le ofrezca a las ilustres personalidades a las que está dedicado.

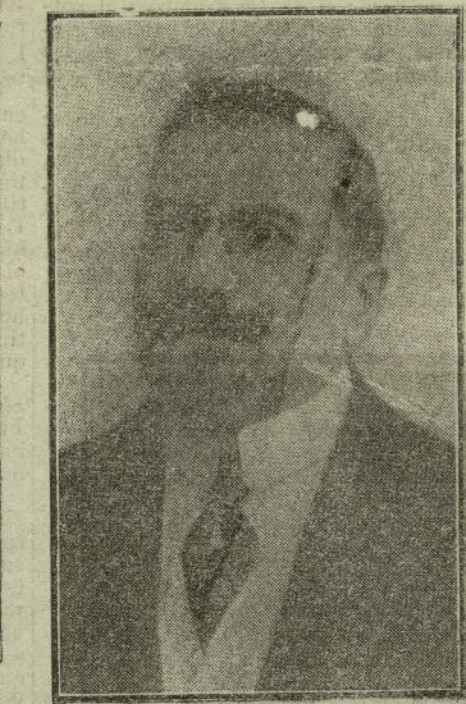
Huelga decir que lo hago con grande e íntima complacencia, porque ello implica una protesta de mi fe tradicionalista, tantas veces reiterada. Nuestros principios son ideas y emoción, y las gentes capacitadas para comprenderlos y sentirlos, no pueden sustraerse a la satisfacción de confesarse en todo momento, y principalmente en circunstancias tan críticas como las presentes. Otra actitud sería cobardía o doblez, y si en las banderas del cesarismo no hay sitio para el muelo en la nuestra tampoco hay lugar para la periferia.

Se celebra este acto en circunstancias verdaderamente críticas: no hay por qué ocultarlo, aunque serán pasajeras, del tradicionalismo español. Ello es lamentable y hay que sentirlo con todo el dolor del alma, en la que se destruya una ilusión secular; pero es preciso hacer constar que estamos inmaculados del polvo de esa responsabilidad que, si nos afectara, nos llevaría de eprobio ante los hombres de nuestro tiempo y eternizaría nuestra deshonra a lo largo de la historia. (Muy bien.)

Nos abstendremos, señores, de señalar el victimismo; pero la víctima, ¡ah!, la víctima somos nosotros, el pueblo tradicionalista, que hubiera sucumbido trágicamente en un declinamiento de todos los días, viendo cómo se mezclaban sus ideales y se liquidaba sin gloria ni provecho todo su caudal de abnegación heroica, si la clara conciencia de sus hombres no hubiera percibido de un modo ostensible lo que hace tiempo era un atisbo: que la comunión tradicionalista, órgano vivo de expresión del sentimiento español, convertía el partido en una cosa tan mesquina como un pleito dinástico.

¿Qué linaje de liberalismo se ha infiltrado en vosotros para que así discutáis los actos del Rey? ¿No decían algunos antiguos amigos, más fáciles al escándalo que a la reflexión. Pero como la contradicción es constantemente la característica del error, se dio la paradoja de que esas mismas gentes afirmaban simultáneamente que nos hemos liberalizado y que nuestro movimiento es de analogía significación al que un día promovió el Sr. Nocedal. Y si es complacencia de los jaimistas el presentarnos con vitola integrista, habrá que resignarse; no vamos a negarles tan inocente satisfacción; pero será menester hacer constar que la diferencia entre aquel movimiento de entonces y

monstruosa aberración espiritual? Porque el cesarismo, señores, no está exento de precedentes. En nuestra Comunidad no llegó a imponer su fuero, porque en toda Monarquía representativa, y más si es española, la ley jurada se halla sobre la arbitrariedad real; pero gentes que, de vivir hoy, serían jaimistas, porque tenían más de validos que de pensadores, y eran más fáciles a la alabanza y a la lisonja que a las prácticas del buen gobierno, pretendieron un día desviar el cauce de nuestras ideas.



D. Juan Vázquez de Mella.

Vel to que desde la secretaría del Rey, un Lordán, escribía D. Emilio Arjona, que, si hoy viviera, sería, inequívocamente, jaimista: «La verdadera doctrina monárquica entraña la obediencia como libre y espontánea acatamiento a los principios que simboliza el Rey; rechaza toda discusión de los actos soberanos y no admite ni la duda sobre la perfecta equidad de sus determinaciones. Y aún añade: «Las palabras que de tan alto vienen deben acatarse no más, y y hasta alabarlas fuera petulancia.» ¡Que jaimista es todo esto!

Pero no faltó entonces la réplica del pueblo tradicionalista a estas palabras, y fue la siguiente: «Esa, señor, no es la verdadera doctrina monárquica; esa, señor, no se ha dicho jamás, ni aprobado en una república cristiana; esas cosas sólo pueden decirse de Dios.» Y aún se añadió: «Vuestra Majestad siempre quiso ser Rey cristiano y no César, y nosotros, pensando y sintiendo como Vuestra Majestad, decimos siempre: Venga el Rey cristiano y sea bendito; el César, nunca. (Grandes aplausos.)

Pero hay más. Fue la misma voz la que dijo: «Yo me inclino ante el sagrado principio que representa el Rey, no me inclino ante el hombre que ha de morir como yo... Sabe el Monarca tradicionalista, y él lo olvida, que el pueblo no está hecho para el Rey, sino el Rey para el pueblo; la realidad no es beneficio, sino ministerio.» Esto lo decía un tal Aparisi y Guijarro. ¡Qué cosas diría Aparisi y Guijarro en estos tiempos de cesarismo recalcitrante! (Aplausos.)

Queda establecido, señores, que nuestra separación de Don Jaime no es consecuencia de complacencia, sino de su conducta pública. (Muy bien.) Nos ha rechazado que en la pasada guerra no fuéramos en cuenta su calidad de jefe de la casa de Borbón, su gratitud hacia la heroica nación francesa; más todavía: ha calificado de deslealtad y maldad la campaña germanofóbica de nuestra Prensa.

Y ante esto, señores, las ideas se van de nuestra cabeza, como pájaros en vuelo, porque a la hora de las indignaciones no hay más que latidos de corazón.

Recordemos los días amargos que pasó España cuando se juventud inquieta veía el peligro inminente de tener que abandonar la Patria con el estrepito de las armas, acaso para no volver, y se reunía en torno de ese hombre extraordinario que ahí veis, (señalando al Sr. Mella) clamando neutralidad. (Ovación entusiasta y vivas al Sr. Mella.) ¡Ah! si entonces, si en aquellos momentos críticos, Don Jaime se hubiera alzado para hablarnos de sus preferencias, de sus afectos y de sus gratitudes, ya sé yo cual hubiera sido la contestación más corta: la de que un Rey digno debía sacrificarse todo a la libertad de su pueblo. (Muy bien, grandes aplausos.)

Y qué decir de la estrepitosa penetración de los huélfes teólogos de cuarta clase, que han venido a este mundo sin otra misión que la de redactar decretos, ¡huy! en los que se afirma que nosotros somos enemigos jurados de los derechos de nuestro pueblo? Ante esa conducta acaso fuera conveniente el desprecio; pero la calumnia rueda y deja rastros, y yo me siento en el deber de protestar de esa conducta y aún de devolverles sus guiños, porque entiendo que no puede haber un aliado más eficaz del centralismo español que aquel que a la hora de las indignaciones no haya más que latidos de corazón.

Y para terminar, señores, considerad hecho el ofrecimiento de este homenaje y luchad decididamente, prohombres, con el pensamiento puesto en este pueblo homaje que os escucha. Yo os pido en su nombre una campaña intensa que, por la vía cordial, haga que nosotros seamos el núcleo principal de las derechas españolas.

España y su fe nos esperan. Hay que dar capacidad de consistencia a nuestros alados, pero hay que sacrificar muchas cosas que ya no son más que arqueologías políticas. Así, por ejemplo, a mí me sería fácil ahora hacer sonar las trompas bélicas anunciando derramamientos, eusiones de sangre; ¡qué fácil es conquistar así el aplauso y eludir también la presión de debernos personas inmediatas! Es grande y es noble sacrificar la vida por la causa; pero, a veces, amigos, hasta la muerte puede parecer egoísmo. Yo no os pido fuerza en los pechos para contener el avance de las espadas; yo soy más modesto; yo sólo os pido dos cosas: corazón para amar el ideal y alma para soportar las injurias, y para, si preciso fuera, arrastrar la honra calumniada por la piedra de nuestras calles y bajo el sol de nuestras ciudades. (Grandes y prolongados aplausos.)

A raíz de una esolición dolorosa, pero providencial y necesaria, prometimos publicar un diario que sirviera de tribuna pública para defender en toda su integridad los principios tradicionalistas y extender la propaganda por los campos contrarios para dilatar sus dominios.

Las luchas electorales y los meses de verano impidieron que la promesa no se cumpliera hasta ahora.

El PENSAMIENTO ESPAÑOL es el título de nuestro periódico. *El Pensamiento Español* se llamaba el que escribieron Gabino Tejedo y Villoslada. *Pensamiento de Valencia* se llamaba también el que publicó antes Aparisi, y *Pensamiento de la Nación* el que redactó Balmes después de la primera guerra civil. Y todos ellos, con distintas formas y matices, expresaban una idea común: subordinar los hombres a los principios y hacer de éstos el programa que sirviese de base y de bandera a todas las fuerzas sanas de España para luchar contra la revolución y salvarla.

Ese será nuestro propósito y nuestra idea. Los temores que Balmes, Aparisi, Villoslada y Tejedo albergaban presintiendo las catástrofes que empezaban a ennegrecer horizontes lejanos, están ahora próximas a descargar sobre nosotros. Sería ridículo levantar, como pararrayos para contenerlas, jefaturas desprestigiadas y autos acordados del siglo XVII o los parlamentarismos que las han preparado.

Perveniéndonos católicos, la Iglesia con sus enseñanzas es la parte esencial y el centro de nuestro programa. Las tradiciones fundamentales de todas las regiones y la común de España, depuradas de imperfecciones circunstanciales y completadas con las normas del Derecho cristiano, nuestra política. Por eso somos antiliberales, porque el liberalismo, al rechazar los límites religiosos para las facultades humanas, niega teórica o prácticamente, cuando no lo hace de las dos maneras, las relaciones naturales y sobrenaturales que constituyen la esencia de la Religión y a par, cuando la falta de lógica no le detiene, en el abismo de la ateísmo.

Somos antiparlamentarios, porque el parlamentarismo es contradictorio, falaz, el concepto de la soberanía y de la representación, aborrece las libertades regionales y municipales que lo impiden fabricar mayorías; gobierna envileciendo y es el mejor conductor de la electricidad revolucionaria. Creemos como Aparisi que en España no es más que una farsa que cuesta mucho, divierte poco y corrompe muchísimo.

Renegamos del absolutismo, sea de rey, de Gabinete, de Parlamento, de Asamblea convencional o de Sindicato proletario. Toda potestad tiene para nosotros tres fronteras, que son, además, sus reglas: el derecho y la constitución de la Iglesia; el derecho y la constitución natural de la sociedad; el derecho y la constitución interna del pueblo. Cuando un poder no reconoce esos derechos, que tienen entre sí estrecha solidaridad, y vulnera algunos o los vulnera todos, la autoridad moral emigra y se refugia en la social, que los permanece fiel, y no queda más que el poder material que, sin ella, no es otra cosa que la fuerza sublevada contra el derecho.

Por eso no queremos sacrificar la legitimidad de la Institución, que es lo más, a la de la dinastía, que es lo menos; la de ejercicio, que es substancial, a la de origen, que es accidental; la Causa, que permanece, al símbolo que pasa; la bandera, que es todo, al abanderado que, sin ella, no es nada.

Somos monárquicos, porque creemos que la poliarquía es la forma de gobierno propia de las personas colectivas en que se manifiesta la soberanía social, como el

municipio y la región, pero no de la soberanía política del Estado, que tiene la dirección del conjunto, y exige una permanencia, unidad e independencia de clase y de partido, para ser neutral, que sólo puede darle la monarquía, cuando tiene la supremacía iniciativa y responde de ella, y no por quienes la ejerzan en su nombre ante la nación entera.

Mientras no prevalezca el infierno sobre la Catedral de Cristo y no se derrumbe la autoridad del padre en la familia, la historia marchará prisionera entre dos monarquías.

Es probable que el terremoto que sacude a Europa derribe las monarquías que aun quedan en pie; pero el poder público, después de caer en la democracia, será roto por la oligarquía, de donde lo tomará el dictador, rey sin corona, pero que la anda buscando.

La necesidad social forzará a las repúblicas modernas, que son monarquías constitucionales por quinquenios, a convertirse en vitalicias, y si el genio llega a presidirlas, en hereditarias. También se transformarán las monarquías si quieren evitar el salir de la cárcel parlamentaria y fin que la espera.

No pueden ser ya en estos tiempos erizados de problemas pavorosos, simplemente decorativos y heráldicos. Necesita el monarca intervenir en las contiendas políticas y sociales y cooperar a la dirección efectiva del pueblo y para eso son precisas dotes de gobierno y no estar bajo tutela de ministros responsables y abdicar en ellos prerrogativas y voluntad, como en los antiguos validos.

Cuando el monarca y la monarquía no se divorcian, si la institución cae no tarda en levantarse. Los reyes pueden subir al cadalso y las coronas rodar por las calles, pero la monarquía no muere. Las dinastías sí, y más veces perecen por el suicidio que por el asesinato. Son ellas las que se dan la muerte cuando niegan el principio a que deben su origen y lo que representan en el mundo. La institución se retira de los que no saben personificarla, y la majestad los abandona porque no consiente que se la nuble con nube de deshonra.

Y mientras la monarquía se transforma y regresa y toma cuerpo en un rey hecho a su medida, ¿qué haremos? Mantenerla como idea, como tradición y como sentimiento, y prepararle el ambiente social que necesita para volver. Cuando el ambiente exista ya regresará, que el deber no falta nunca a la cita que lo dan la necesidad y el derecho de satisfacerla.

Intentaremos reunir y federar como en un centro a las fuerzas, accidentalmente separadas o dispersas de las verdaderas derechas, dándoles en esa dirección del conjunto la participación que merecen.

Queremos gobernar desde fuera y hacer que esas derechas lleguen a ser un estado mayor y dejen de ser una escoria. No queremos gobernar desde un poder en donde no gobierna la Iglesia y nuestros principios.

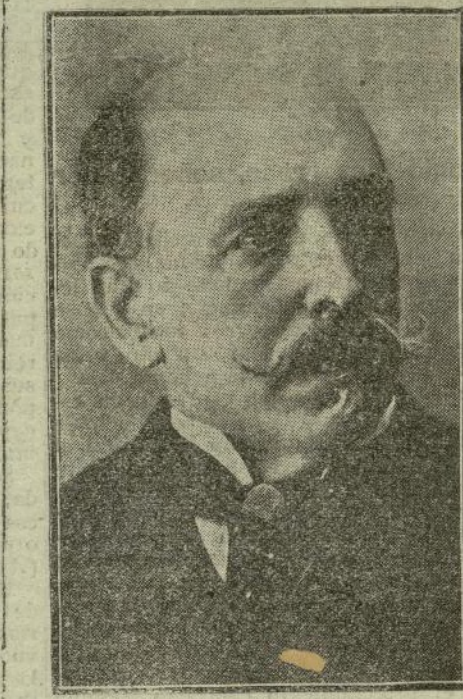
En los discursos que publicamos hoy están formulados. En la Asamblea de otoño lo estarán con mucha más extensión. En la medida en que los partidos y los Gobiernos se acerquen o alejen de ellos, se acercará o se alejará nuestra simpatía. Sirvan estas palabras de saludo fraternal a nuestros amigos, y también a la Prensa que sienta la solidaridad con nosotros.

A nuestros adversarios no podemos ofrecerles más que la sinceridad en los propósitos, la cordesía en los procedimientos y el respeto a sus personas; pero no a sus doctrinas, que la caridad no alcanza a tanto.

El Sr. Ampuero.

Quebrantado mi ánimo por recientes desgracias, no pensaba asistir a este acto; pero requerimientos irresistibles de última hora me obligan, no solamente a modificar ese propósito, sino a dirigiros brevísimas palabras, para enviar un cordial y efusivo saludo a las eminentes personalidades que hoy nos honran con su presencia, y para dar las gracias a la brillante juventud que ha organizado este homenaje. No he de ponderar yo, señores, la grandiosidad del acto, porque está a la vista de todos; y ni siquiera he de compararle con otro acto análogo realizado cerca de este local hace pocos años. (Risas. Aplausos.) Pero sí quiero subrayar la importancia y la significación de esta solemne reunión, no solamente por las altas personalidades, por las primeras figuras de la gran familia tradicionalista, que la honran con su asistencia, entre las cuales me complazco en saludar especialmente al gran veterano de los generales carlistas Sr. Sanz

(Aplausos y vivas.); al verbo de la tradición española, legítima gloria de España, Don Juan Vázquez de Mella (*Aplausos y vivas*); al cuarentísimo decaudor del nacionalismo vasco y catalán, mi querido amigo D. Víctor Pradera (*Aplausos y vivas*); y a los brillantes parlamentarios Careaga y Juaristi, los diputados provinciales y correccionarios calificados aquí presentes; sino que, además, avaloran el acto, como os decía el Sr. Gardeazábal, las circunstancias críticas de este momento, y hasta las consecuencias, que, en



D. Cesáreo Sanz Escartín, senador por Navarra.

mi sentir, debe tener su éxito para los futuros destinos de la Comunidad tradicionalista. (Muy bien.)

Por qué, señores, en esta hora verdaderamente apocalíptica, después de la convulsión que ha sacudido a Europa durante cinco años, en que parecía desencadenarse sobre todos los pueblos la más tremenda de las revoluciones sociales que los siglos han presenciado, cuando en nuestra misma Comunidad recientes y dolorosos sucesos han originado una crisis, que solamente ha de salvarse con el favor de Dios, cuando en España las inquietudes, envilecidas por las claudicaciones insensatas y suicidas de Gobiernos que llaman gubernamentales y hasta conservadores (*aplausos*), se aprestan a ensayar en esta noble tierra las hazañas del bolchevismo ruso; en este momento, repito, la misión del partido o de la gran Comunidad tradicionalista española tiene una trascendencia especial y grandísima. Y digo que tiene una importancia especial, porque yo creo que este acto que nosotros celebramos ahora, significa una solemne afirmación de nuestros principios y de nuestras ideas, y un solemne compromiso de que en la futura lucha, terrible, que se avecina, el partido tradicionalista cumplirá la misión histórica que Dios le ha confiado, sabrá ocupar el puesto de honor que le corresponde en las vanguardias de las derechas españolas, para luchar desplegando al aire esa bandera que cobija tanto heroísmo y que ha presenciado tantos sacrificios.

Significa además este acto, señores, que nosotros, como nuevos caballeros del Graal, somos los guardianes de aquel depósito sagrado de la tradición española, aquel depósito sagrado que, en circunstancias muy parecidas a las presentes, recogieron nuestros abuelos en los principios de la pasada centuria, cuando, abandonado por el Rey, que lo debía haber defendido, aquellos buenos españoles supieron recogerlo y guardarlo, huérfanos de su Monarca, abandonados de su Rey, y supieron concentrar todos sus entusiasmos y todas sus fuerzas para luchar en defensa de su Patria contra los afrancesados, en la gran epopeya nacional de la independencia, en defensa de su Religión, contra la masonería, y en defensa de la Monarquía católica contra el sistema constitucional y parlamentario.

En aquellos días de gloria para España, puede decirse que apareció oficialmente, aunque tuviese su manantial en el centro de nuestra Historia, el tradicionalismo español, que durante una centuria se ha cubierto de gloria, luchando denodadamente en los campos de batalla y en los campos de la política contra la revolución, en todas sus formas, al conjunto de estas palabras heroicas: «Tradición española! ¡Tradición católica fuertista y monárquica! ¡Cifra y compendio de todos los heroísmos y de todas las virtudes de la raza, signo de los sacrificios y también de las profanaciones, y aun de los sarcasmos de quien no considera la grandeza de Cristo como base y fundamento de su propia realeza, de quien nos quiere unir al carro de las potencias veneceras y encaramarse en sus carrozas, del que, despreciando todos los sentimientos españoles, pretende que unamos nuestra suerte a los enemigos seculares de nuestro pueblo, y del que, en vez de agradecer los sacrificios y esfuerzos que hombres eminentes de nuestra Comunidad, como Mella, realzaron para salvar a España de la catástrofe de la guerra, y de considerarle como hijo benemérito de la Patria, como si fueran sus mayores enemigos, los aparta de su lado, los desprecia, y en su lugar, coloca a hombres que han perdido hasta la cualidad de españoles (*Grandes aplausos. Vivas a Mella*). Y le sirve de consejero aquel que durante la guerra ultraliberal a las mejores patriotas, llamándoles canchales y luteranos. Es esa, señores, la tradición española.

En cambio muchos que de buena fe todavía se titulan jaimistas, son tradicionalistas y son hermanos nuestros, y a nuestras filas vendrán en el momento del combate, y no tardarán, y al lado nuestro lucharán para defender el programa que defendieron nuestros padres, el programa aquel que en sus obras admirables, y con sus plumes o con sus palabras, defendieron Balmes, Aparisi, Villoslada y Manterola, y ahora el Sr. Mella, en sus magníficos escritos y discursos; el programa mismo que nuestro inmortel Rey, Don Carlos VII, escribió con frases lapidarias en sus hermosos Manifiestos, y, especialmente, en el último, verdadero monumento de la tradición y de las letras españolas, que llamó su Testamento político. (*Grandes aplausos. Vivas a Carlos VII*.)

No he de trazar yo, señores, en este momento, las líneas generales de este programa, porque todos lo conocéis y porque estáis impacientes, y lo veo en vuestros rostros, por oír a los oradores que han de sucederme en el uso de la palabra; pero no quiero terminar sin hacer, aprovechando la grandiosidad del acto, una declaración solemne: Nosotros, señores, somos, ante todo y sobre todo, católicos, españoles y fuertistas. Queremos la reintegración completa de nuestros fueros, las libertades y costumbres, para Vizcaya y para todas las regiones de España. (*Muy bien. Aplausos*.) Y mantenemos en toda su fuerza y en la plenitud de su eficacia aquel solemne juramento que el último señor de Vizcaya, Don Carlos de Borbón, prestó bajo el Arbol de Guernica, ante la Hostia Consagrada, en presencia de su leal y valeroso Ejército.

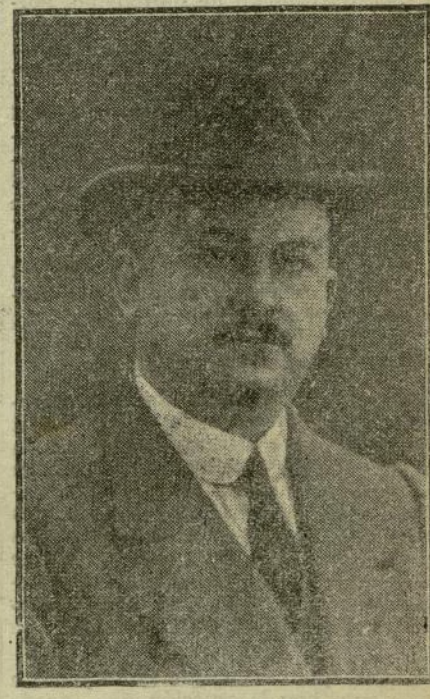
Por eso, porque somos católicos, porque somos fuertistas y porque somos españoles, hemos combatido y combatiremos el bicefalismo (*Grandes vivas y aplausos*). El bicefalismo extático, corruptor, anticatólico y separatista. (*Aplausos*), por estar íntimamente persuadidos de que él es el mayor y más encarnizado enemigo de este benéfico solar vizcaíno. (*Gran ovación*.)

El Sr. Chicharro.

Queridos amigos y correligionarios: Sean mis primeras palabras, de las breves que voy a pronunciar, de saludo cariñoso, cordialísimo, para los leales hijos de estos viejos solares de Vasconia en nombre de los tradicionalistas de La Plana y del Maestrazgo, de la provincia de Castellón. (*Aplausos*.) Saludo que es un abrazo efusivo y cordial, y que significa la unión fuerte, vigorosa, y tenaz, de estas dos gloriosas regiones españolas, que se funden por un momento en este castellano que tiene el honor de dirigirlas la palabra, y que significa, estando tan distantes sus usos, sus costumbres y sus privilegios, el abrazo íntimo y cordial que se dan en España, una, inmenudada... (*Los aplausos no dejan de oír el final de la frase*.)

Habéis tenido que luchar de una manera heroica contra los innumerables adversarios que han tenido estas tierras gloriosas de Vasconia; contra nosotros también en aquellas provincias, todas las artes del caciquismo estaban concitadas; hacía treinta o cuarenta años que la voz carlista no podía hacerse oír en el resto de España, porque apelaban a las armas más indignas a que se puede apelar, para ahogar nuestras voces. Y para que os percatéis de ello solo dos ejemplos voy a poner.

No tenemos representación en Múnic, pues ni en Diputaciones, porque parecía que el ser carlista era considerado allí como cosa indigna. Un juez municipal dictó la siguiente sentencia en un pueblo carlista de la provincia de Castellón: «Considerando que el interesado no es liberal, y, por consiguiente, persona de mala fe, fallamos que debemos condenar y condenamos al que ha motivado esta sentencia. Y esta sentencia señores, fue apelada al juez de primera instancia, y el juez de primera instancia la confirmó. ¡Ved con qué artes hemos tenido que luchar, ved contra qué adversarios hemos tenido que dar la batalla!



D. José de Ampuero, senador por Guipúzcoa.

Hoy, gracias a Dios, los hemos arrollado a todos e influimos en los Municipios, somos los dueños de la Diputación, y día llegará en que la representación carlista... (*Los aplausos ahogan la voz del orador*.)

Y no puede ser menos, señores, porque aquella tierra leal, había sido leal a las órdenes de Cabrera, aunque Cabrera claudicó; había sido leal a las órdenes de Cuatrecasas, aunque Cuatrecasas desmayó; había sido heroica defensora que siguió a Valdeca...

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE EL MU
CERVANTES, 19, Y SAN AGUSTIN, 6